

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

El comandante dice «no»

Está más firme que nunca. Más claro. Más nítido aún en lo ideológico. Con más fuerza en su pulso de estadista. A los treinta y cinco años del asalto al cuartel de Moncada sigue siendo, yo creo que aún más acusado de perfiles, aquel revolucionario que se inició en la revolución por la vía correcta: por la indignación ética. Luego penetró en la jungla del pensamiento y a golpe de machete, es decir, con los sufrimientos enroscados en la realidad, fue haciéndose el camino franco para atravesar la selva. Hoy sabe con saber energético, penetrante, sin debilidades. Perfecto, comandante. Cuando tantos se miran en un espejo que refleja siempre la misma y peligrosa cara, él, el comandante, ha vuelto a pronunciar un discurso fundamental, un discurso riguroso contra la posible aplicación de la «perestroika» a Cuba. «No podemos utilizar instrumentos que huelan a capitalismo», dijo de modo terminante y sintético.

Quiénes venimos observando con cierta dedicación el proceso seguido por la Unión Soviética en estos dos últimos años hemos llegado a algunas conclusiones aproximadas a la que acaba de exponer a su pueblo el líder cubano. En efecto, el socialismo no puede adoptar ópticas, conceptos u objetivos que hasta ahora han caracterizado al capitalismo sin que al hacerlo se pongan en cuestión muy grave las finalidades mismas del socialismo, que tiene otras pretensiones morales y que, por tanto, ha de mantener una economía que, con todos sus inconvenientes, persiga la construcción no de una sociedad más rentable en términos de contabilidad del beneficio empresarial —esencia del capitalismo— sino de una colectividad encarada hacia otro producto final, como es la igualdad, el empleo digno y seguro y la gratuidad de los servicios básicos, como son la enseñanza, la sanidad, la cultura o la seguridad social en su aspecto técnico. El socialismo sabe que edificar una sociedad de estas pretensiones, sobre todo en un mundo

manejado culturalmente por los conceptos opuestos, tiene un alto costo de asunción y explicación. Pero todo lo que se pretende revolucionario, todo lo que se quiera revolucionario, tributa a este tipo de costos. Otra cosa es que desde el seno mismo del socialismo éste pueda ser cuestionado como posibilidad histórica. Si es así, las reformas no sólo son obligadas sino que han de ser profundizadas con la mayor rapidez posible.

En el discurso del comandante Castro —y desde una óptica revolucionaria es bueno mantener las denominaciones que conotan origen— hay, sobre todo, un momento muy interesante en el terreno de la teoría; es cuando Castro anuncia que la economía de su país seguirá siendo totalmente planificada. Esta voluntad ha de ser analizada con un fino cuidado si se quiere entender algo de lo que esencialmente significa el proceso revolucionario. En efecto, los socialistas saben que la llamada libre concurrencia de los factores económicos produce inexorablemente un mercado capitalista. Y que el mercado capitalista conlleva, sobre todo a estas alturas de su proceso monopolizador, más bien exclusiones que integraciones. Se compite no para ensanchar la red de los productores básicos, de los pequeños y medianos empresarios que califican el crecimiento en términos numéricos, sino para concentrar esa red y convertir a los expulsados en puros y débiles consumidores. Es decir, se alumbra, como fruto final del proceso, una sociedad de creciente desigualdad. Por el contrario, el socialismo no fija sus ojos en el objetivo final de la producción como fuente de beneficio contable sino que ésta se convierte en instrumental y se ha de convalidar mediante la voluntad de ponerla al servicio de la finalidad fundamental del socialismo: una sociedad igualitaria en donde los bienes sólo pueden ser medidos en su bondad por el servicio que presten a este pro-

pósito igualitario. Socialismo y capitalismo tienen pretensiones morales opuestas, como parece obvio repetir, pero el caso es que ambos pueden llegar a confundirse —con el lógico daño para lo emergente, que es el socialismo— por el uso de los mismos instrumentos económicos y sociales, por el uso de esos instrumentos que según Castro «huelan a capitalismo».

Castro parece tener todo esto absolutamente claro y por ello su discurso parece sugerir la precisión no de que se democratice la producción como vía para incrementarla en términos capitalistas sino que se democratice a los productores a fin de que cumplan su compromiso socialista. Entre democratizar la producción —que quiere decir empujarla hacia la filosofía de la economía de mercado— y democratizar al productor para aumentar su conciencia socialista parece estar la diferencia que va, al menos hoy por hoy, entre la «perestroika» y el castrismo.

En una palabra, Castro ha planteado el problema en términos morales. Castro quiere que se aclare lo que ha de entenderse por democratizar: ¿retornar la vida hacia el juego de las libertades formales y de la lucha competitiva o bien se ha de entender por democratizar la profundización de los ciudadanos en la voluntad y el servicio socialista?. Verdaderamente la respuesta a esta larga interrogación supone dar el paso cualificativo hacia un mundo con horizonte final puesto en la concepción liberal de las minorías selectas o bien entrarse por un mundo con su umbral instalado en la consideración del ser humano como un elemento de igualdad.

El comandante ha elegido en tiempo de confusiones. Seguramente su elección es correcta habida cuenta de que él ha de pensar la realidad con el enemigo tenso ante su puerta.

(*) Escritor

Beste armeniarrek

Goiko Karabakh deritzen eskualdeko armeniarren arazo dela-eta (neronek ere bestetan aipatu), ahaztu egin ohi da Turkialdeko armeniarren patu ezin hitsagoa. Ararat mendiko mitikoa barnean daukan Hego-Armenia desagertu egin bide da; eta Herrien Tribunalak 1984an, Parisen, Turkia kondenatu arte, dena bare zegoen Mendebalde hiper-demokratikoan.

Urrun gelditu da 1915 urtea; eta orduan sarraskitua izan ziren 1.500.000 armeniarrek, eta deserritirik munduan barrena sakabanatu ziren beste 500.000 armeniarrek, ba... hainbat gaixto! Bakea behar daugu.

1973an Santa Barbaran, Kalifornian, turkiar diplomatiko bat hilik gertatu arte, lasai bizi ziren denak. Eta nor hiltzailea? Hura kolpea! Genozidiotik ihes egindako armeniar bat, Gourgen Yanikian delakoa: gazterik eskapo, eta bere 77 urtean «terrorismora» aldatzera delibaturatua. Horren ondorioz sortu zen ASALA organizazioa, turkiar enbajadoreen garbitzaile nekagaitza. Eta, egia aitortzeko, ASALA-ri esker aipatzen da gaur Hego-Armeniarren genozidio ikaragarria.

Bestela nor gogoraziko liguke hura gutzia?!

Eta zertan dira Diaspora-ko armeniarrek? Bertakoekin asimilatzea behar-turik, ozta atxiki dute askotan deituraz besterik. Los Angeles-en, dena dela, egunkari bat dute; eta auzo berezi batera bildu dira. Zer esan Iran-go 200.000-er, Libano-ko 180.000-er, Siria-ko 150.000-er? Ez dakigu ezer. Aldamenean bertan. Fraintzian, 200.000 bizi dira; eta batzu, oso famatu egin dira: Charles Aznavour kantaria, Anouk Aimée zinelaria... 1915.ko genozidioaren ondorioz Fraintzian jao eta heziak. Ba al zenekiten?!

Kondaira horrela idazten da, zortizarrez, eta ez bestela.

Gerlak galtzen dituztenez nekez aurki daitezke lerrorik batera demokratetan lumetan; eta are nekezago malakorik berorien begi minberetan.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Felípica

(Antonio Gala, «El Independiente», 30-7-88)

(...)El Estado de derecho no es aquél en que el terrorismo antitatal no actúa, sino aquél en que, por definición, no existe terrorismo estatal. Es decir, aquél en que el derecho del Estado se autolimita por respeto al de los ciudadanos, que son sus poderantes y los originarios sujetos de derecho.

Malo es que alguien, en los peñaños del poder, asesine; peor aún que se pretenda modificar la ley para eximirle de la responsabilidad de haber asesinado, o para que siga impunemente asesinando. Malo es el malbarato de los caudales públicos, reservados o no; pero peor aún pretender legalizarlo adaptando la ley a la comodidad del malbaratador. Malo es que se utilice una razón de Estado ignominiosa; pero aún peor que se nos quiera imponer lo irracional como algo razonable, porque en eso consiste la locura.

Si un Ejecutivo se endiosa hasta el punto de aniquilar los otros dos poderes y hacer de la legislación mangas y capirote; si la oposición elegida se acobarda y pierde la figura y los papeles y el prestigio, será la ciudadanía la que, constituida en oposición por instinto de legítima defensa, habrá de alzarse para frenar a un poder que, en otro

caso, tenderá, como el gas, a lo absoluto.

Se trataría de elevar un recurso nacional de amparo, promovido por el Defensor del pueblo, ante el Tribunal Constitucional. Pero, *rebus sic stantibus*, tales instituciones carecen de sentido, ya que, cada vez que se juzga una actuación del Ejecutivo, se amaga con la peor solución: la de ampliar sus posibilidades de irresponsabilidad.

González y los desagües

(«Diario 16», 30-7-88)

Ciertamente, era lógico que el desempeño del Gobierno volviera a González realista. Pero no hace los extremos de tener que oír a los ciudadanos su pintoresca apología de

los desagües: «Cuando se tenga la madurez para comprender que también los desagües operan dentro del edificio del Estado, habremos superado estas discusiones». No haría falta tal esfuerzo: no habría discusiones si se tuviera claro que a veces las democracias cometen iniquidades con el pretexto de un bien superior, pero siempre tienen que saber quienes supeditan los medios al fin que caerán abatidos por el peso de la ley si son detectados.

Puestos a ser cínicos, habría que poner de relieve que ningún demócrata aplaudió nunca los exterminios «de Estado» que pusieron fin a la OAS en Francia, a la Baader Meinhoff en Alemania Federal y que debilitaron el IRA en Gran Bretaña; y por ello precisamente, si los

autores de tales tropelías hubieran sido identificados, estarían ahora en las mazmorras.

González está nervioso. Sus argumentos son falaces. Así, por ejemplo, cuando dice que «las investigaciones que han producido algún resultado respecto al GAL las ha hecho la Policía», no sabe que sus mandos policiales han dicho ya todo lo contrario. Por lo demás, es claro que el juez Garzón ha llegado a conclusiones bien sustanciosas, y no precisamente gracias al celo desplegado por la Policía.

Fuego real

(Juan Cueto, «El País», 29-7-88)

Llevan semanas bombardeándonos sin piedad desde un vídeo

musical titulado *Todos contra el fuego* y luego se quejan de que los de Anchuras imiten a los de Cabaneros. Intentan movilizarnos contra el fuego domingoero de las manchas forestales, pero desmovilizarnos contra el fuego real de las *manchegas maniobras militares*. Suena lo mismo que eso de drogas buenas y prohibidas, violencia legal e ilegal, sexo tolerado y escandaloso, crítica constructiva y desestabilizadora, economía oficial y sumergida. Hay combustión patriótica y combustión terrorista. Pero no sólo es asunto de ética, también de estética: ya me dirán cómo diferenciar paisaje legalmente desertizado por fuego de campamento militar de un paisaje asesinado por brasas de *camping civil*.

